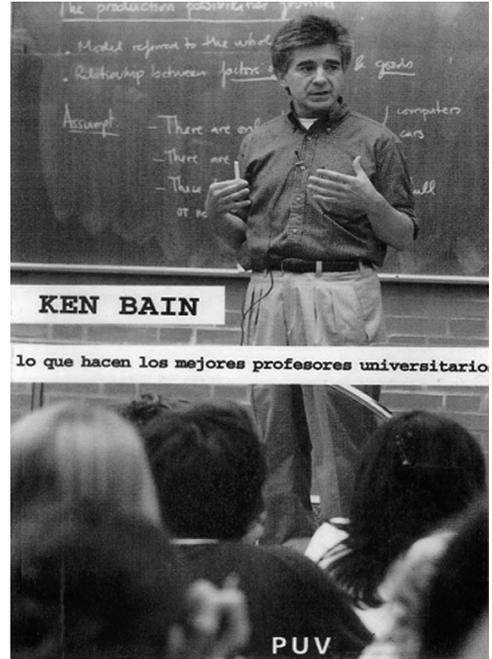


## *Lo que hacen los mejores profesores universitarios*

**BAIN, ken.** Lo que hacen los mejores profesores universitarios (Título original: *What the Best College Teachers Do*) Traducción Óscar Barberá. 2ª edición. Barcelona: Ediciones Universidad de Valencia, 2007, 229 p.



*Elaborado por: Clara M. Forero Bulla<sup>1</sup>*

Ken Bain, en su obra invita al lector a un recorrido a través de siete capítulos en los cuales trata de condensar su experiencia investigativa de quince años, donde observa la práctica y el pensamiento de los que considera profesores exitosos, por haber logrado en sus “estudiantes los mejores resultados educativos”. Advierte que si bien se trata de resaltar lo que hacen bien, estos profesores también enfrentan dificultades, tienen que cuestionarse sobre qué han realizado mal, sus razones y formas de mejorar; tienen días buenos y malos, se enfrentan a frustraciones, cometen errores; no son perfectos. El primer capítulo el que a la vez es introductorio, contextualiza las inquietudes que lo indujeron a la investigación y que permitió la selección

de los profesores; los siguientes capítulos hacen referencia a las conclusiones de la investigación: lo que saben sobre cómo aprenden sus estudiantes; forma de preparar las clases; lo que esperan de sus estudiantes; forma de dirigir sus clases; trato que le dan a sus estudiantes y forma de evaluar a sus estudiantes y así mismo.

En su primer capítulo, Introducción: Definir los mejores, Ken Bain, invita a reflexionar sobre lo que hacen los mejores profesores en la universidad; a la vez plantea una serie de interrogantes sobre cómo la labor de algunos docentes ha sido reconocida por sus estudiantes. Hace referencia entre otros a Ralph Lynn, profesor de historia en bachillerato y la universidad, quien al

<sup>1</sup> Docente Centro para el Desarrollo de la Docencia-CEDEDUIS y Escuela de enfermería. Universidad Industrial de Santander. Bucaramanga, Colombia

retirarse sus estudiantes le rinden tributo; uno de sus discípulos decía nada más esperanzador “para el futuro... que con toda su sabiduría e ingenio seguirá educando a las nuevas generaciones de aquí a la eternidad”. Plantea ¿Qué hizo Lynn para conseguir esa importante y duradera influencia en el desarrollo intelectual y moral de sus estudiantes? ¿Qué hace Jeannette Norden, una profesora de biología celular para que sus estudiantes de medicina de la Vanderbilt University, aprendan tanto? ¿Cómo hace Ann Woodworth, profesora de teatro de la Northwestern University para elevar a sus estudiantes de interpretación a la altura de genialidad dramática? ¿Cómo Don Saari de la Universidad de California, ha logrado que sus estudiantes consigan la mayoría de las A en los exámenes departamentales? ¿Cómo La magia de Paul Travis y Suhail Hanna que enseñaron historia y literatura en Oklahoma y otras instituciones, empujan a sus estudiantes a nuevos niveles intelectuales? En fin ¿Qué hace que algunos profesores tengan éxito con estudiantes de formación diversa?

El autor plantea estos y otros interrogantes desde los cuales orienta su investigación, fruto de sus inquietudes de quince años donde observa las prácticas y el pensamiento de los mejores profesores de Estados Unidos de doce universidades, pero en particular, se centra en dos de ellas; cuenta con la colaboración de algunos colegas con quienes observaron entre 60 y 70 profesores cuyos estudiantes tenían las mejores credenciales académicas o estaban por debajo de la media. Encuentra que definir lo que se entendía como “profesor extraordinario... fue sencillo”, puesto que tenía como referente a quienes habían logrado éxitos con la ayuda que prestan a sus estudiantes para obtener resultados extraordinarios; para

ello era necesario contar con evidencias de los procesos que realizaban, considerando aspectos novedosos, características diferentes, podían tener éxito en una clase y menos en otra; no buscaban prototipos sino “resultados educativos muy buenos”.

¿Qué es lo que saben sobre cómo aprendemos? Muestra que los profesores extraordinarios cuentan con muy buenos conocimientos en sus respectivas materias, algunos con publicaciones reconocidas, otros con publicaciones modestas o sin ellas. Lo fundamental era que estaban al tanto de los avances intelectuales, científicos o artísticos propios de su campo, analizan lo que otros hacen en sus disciplinas, leen sobre otros campos del saber; obtienen de sus estudiantes logros intelectuales, físicos y emocionales. El autor plantea que quizá para algunos esto no sea nada extraordinario, pero la clave está en que saben cómo trabajar los conceptos complejos, llegar a su esencia desde acciones motivadoras, razonando sobre sus disciplinas. Otro rasgo significativo es que poseen comprensión así sea mínima sobre el aprendizaje humano; por lo tanto, tienen la capacidad para que el estudiante construya sus propios conocimientos; para ellos el aprendizaje debe ser duradero, importante y debe reflejarse en lo que la persona piensa, actúa y siente.

¿Cómo preparan las clases? El recorrido de este capítulo muestra que estos profesores cuentan con concepciones básicas de lo que es enseñar y aprender, desde donde estructuran sus clases como esfuerzos intelectuales, desde unos criterios de exigencia intelectual, investigativa. De ahí que las preguntas que preparan se alejan de lo prosaico o rutinario, puesto que tienen que ver con los objetivos del aprendizaje para los estudiantes; piensan en la docencia como una forma de ayudar y

animar al estudiante a aprender. Al ser su fin el fomentar el aprendizaje se preocupan por conocer aquello que saben sus estudiantes, cómo están aprendiendo, formas de comunicarse con ellos; es una búsqueda constante en diferentes sentidos.

¿Qué esperan de sus estudiantes? Aquí se emprende una tarea minuciosa, el indagar a partir de varias preguntas va indicando que la tendencia inicial de estos profesores es entender y apreciar el valor de cada estudiante, no rotularlo; incitan en sus estudiantes la búsqueda de estándares altos transmitiéndoles una gran confianza para alcanzarlos, puesto que consideran que el miedo y la ansiedad lleva a reducir la capacidad de razonar. Su énfasis no está en la cantidad de trabajo sino en la capacidad de producir, de razonar correcta y cuidadosamente, comprender asuntos y problemas complejos, recoger y utilizar evidencias.

¿Cómo dirigen sus clases? El autor muestra como de las prácticas de los profesores surgen siete principios comunes relacionados con: el entorno, el lograr su atención, comenzar con algo de interés para los estudiantes, buscar compromisos, llevarlos a aprender fuera de la clase, razonar desde la disciplina, crear diversas experiencias de aprendizaje. Es por esto que se crea un “entorno para el aprendizaje crítico natural”; es un escenario colaborativo donde el estudiante interactúa con problemas interesantes, reales que le permite poner a prueba sus conocimientos en contraste con la realidad, donde se da la confrontación y el error está presente; de la misma forma surge la retroalimentación con estudiantes de más experiencia. Todo lleva a que el estudiante sienta que su trabajo será considerado dentro de parámetros de imparcialidad y honestidad.

¿Cómo tratan a sus estudiantes? Actúan desde un trato amable; se destaca la confianza que estos docentes tienen en sus estudiantes, sienten que están dispuestos a aprender. Comparten con ellos sus propias experiencias logros, dificultades, equivocaciones, esto lleva al estudiante a ser más reflexivo y franco; hace que sus prácticas se alejen de demostraciones de poder lo cual otorga confianza. Su acción se enmarca en la preocupación por el aprendizaje del estudiante, de ahí que la docencia debe comunicarle que es “una inversión” que le otorga importancia como persona y como estudiante; además tienen en cuenta que las reglas se cambian de acuerdo a las necesidades de los estudiantes;

¿Cómo evalúan a sus estudiantes y así mismo? En la mirada de este aspecto se encuentra que todos cuentan con algún programa sistemático unos más otros menos elaborado, que les permita poner a prueba sus resultados y realizar ajustes, evitando evaluarlos con normas arbitrarias. Se encuentran con profesores que han roto con tradiciones ya establecidas dando lugar a enfoques diferentes, la evaluación más allá de clasificar y jerarquizar la utilizan para ayudar a los estudiantes a aprender, se centra más en el aprendizaje que en el rendimiento; es una manera de comunicarse con el estudiante, tiene que ver con los cambios intelectuales y personales. Lo interesante es la mirada que se hace el docente; los mejores profesores están dispuestos a un examen profundo sobre sus objetivos de aprendizaje, encuentran en el trabajo de sus estudiantes el reflejo de sus aprendizajes. El autor termina el capítulo esbozando algunas reflexiones sobre una docencia efectiva, señalando que la docencia debe juzgarse utilizando una perspectiva que parta del aprendizaje.

En su epílogo plantea la pregunta: ¿Podemos aprender del ingenio de los profesores tremendamente efectivos? Su respuesta es, podemos y retoma a Don Finkel, “reconociendo que la docencia no es sólo dar clases magistrales, sino cualquier cosa que podamos hacer para ayudar y animar a los estudiantes a aprender sin causarles ningún daño de importancia”. Finalmente el autor plantea cómo se hizo el estudio.

Quizá queda algo de nostalgia, en cuanto a que, como dice el autor, el ingenio de estos profesores desaparece con ellos, luego, las siguientes generaciones deben redescubrirlo; tan solo queda “un pequeño fragmento de su talento, unas pocas piezas rotas...” en las que las siguientes generaciones se apoyan, sin llegar a ser conscientes de tal riqueza; pero para quienes ejercemos la labor docentes, el texto constituye un aporte significativo y crea un gran espacio de reflexión.